

EL DESASTRE DE LAS GUERRAS EN MARRUECOS

La acción política y militar española en Marruecos, hasta el conocido históricamente como Desastre de Annual, estuvo caracterizada por una extraviada sucesión de corrupciones generalizadas, oficiales ineptos, cobardes, venales, fulleros y delincuentes, secundada por una sarta de políticos incompetentes y sin escrúpulos, inmorales todos, súbditos de un Rey, Alfonso XIII, que no supo asumir su papel y su responsabilidad para con su Pueblo.

Tras la pérdida en 1898 de las últimas colonias ultramarinas de América, los gobiernos que se sucedieron en España, fueron incapaces e incompetentes para reestructurar y dotar convenientemente al Ejército Español.

A finales de la primera década del siglo XX, la mitad del presupuesto militar se iba en el pago de los salarios, que en su mayor cuantía era para el enorme número de oficiales.

Una estadística de 1909, muestra que en ese año, la relación entre oficialidad y tropa era de un oficial por cada cuatro soldados en filas. La plantilla de generales en activo era de sesenta.

Por esas fechas, el Imperio Británico, cuyo ejército triplicaba el número de efectivos del español, solamente disponía de 34 generales en activo.

Este cuantioso gasto en personal mermaba considerablemente los recursos que debían haber sido destinados a la modernización del armamento, las infraestructuras y el entrenamiento, conducentes a la disposición de un buen ejército.

La población española de esa fecha no había alcanzado aún la cota de los 20 millones.

En 1912 fue establecido el servicio militar obligatorio.

Pero casi una cuarta parte de los afectados, eludió la incorporación a filas, al disponer de dinero para pagar alguna forma de exención.

Por tanto, los soldados reclutados forzosamente fueron los pobres campesinos y obreros, mayoritariamente analfabetos, carentes de toda formación.

Con este ligero bagaje, el ejército español se había puesto en marcha en Marruecos.

El desastre estaba cantado.

El 23 de abril de 1921, en Valladolid tuvieron lugar unas celebraciones primaverales, presididas por la Reina Victoria Eugenia. En el curso de las mismas, el Teniente Coronel Fernando Primo de Rivera y Orbaneja, premonitoriamente, se había atrevido a decir:

La situación en África, por efecto de la inmoralidad reinante y sobre todo por haberse entregado al juego muchos de los jefes y oficiales allí destinados, tenía que producir, y no tardando mucho, una verdadera catástrofe.

El Desastre de Annual en Marruecos, acaecido pocos meses después, constituyó una de las mayores derrotas sufridas por el ejército español en su historia, derrota que a diferencia de las otras acontecidas anteriormente, no entrañaba gloria alguna.

En el verano de 1921, Mohammed Ben Abdel Krim había conseguido unir y levantar a las tribus marroquíes contra España, infligiendo a las escasamente adiestradas tropas españolas, unas pérdidas materiales cuantiosas, con un saldo de vidas españolas del orden de las diez mil, incluyendo la del General Jefe de Melilla, Manuel Fernández Silvestre que se suicidó, y la del Teniente Coronel de Caballería Fernando Primo de Rivera y Orbaneja, muerto heroicamente en el Monte Arruit.

Los miles de cadáveres españoles quedaron abandonados descomponiéndose bajo el sol marroquí. Cuando bastante tiempo después, las tropas españolas recuperaron Monte Arruit, se toparon con un dantesco paisaje.

El entonces comandante legionario, Francisco Franco, escribiría en su obra «Diario de una Bandera», estas líneas:

Renuncio a describir el horrendo cuadro que se presenta; la mayoría de los cadáveres han sido profanados, bárbaramente mutilados.

Efectivamente, los cadáveres aparecían casi todos desnudos, castrados, aplastada la cabeza y otros sin ella, arrancadas las mandíbulas, sacados los ojos y vaciados los vientres.

INFORME PICASSO

Como primera consecuencia de la magnitud del desastre militar, el gobierno que presidía el Conde de Romanones, encargó al laureado General Juan Picasso González, la dirección de un proceso de investigación y análisis del Desastre.

Cuatro días después de la desgracia de Monte Arruit, Romanones presentó su dimisión al Rey. Se constituyó un nuevo gabinete de Concentración Nacional, encabezado por Antonio Maura, en la que sería su quinta presidencia.

Tras vencer enormes dificultades e impedimentos en el proceso de investigación, teniendo vedados los documentos del propio General Fernández Silvestre, y no pudiendo tocar al Alto Comisario Dámaso Berenguer Fusté, ni a gran número de altos jefes y oficiales con responsabilidad directa en el Desastre, el Informe Picasso llegaría al Parlamento, donde se producirían enconados debates, que llegaron a cuestionar hasta la actuación del Rey Alfonso XIII, destacando la intervenciones contundentes del socialista Indalecio Prieto Tuero.

Y justo cuando dichos debates estaban a punto de culminar, se «pronunció» el general Primo de Rivera.

* * * * *

Puede que la auténtica verdad histórica surja de la síntesis de ambas explicaciones.

Una vez en el poder, Primo de Rivera tuvo que resolver la calamidad omnipresente de la guerra de Marruecos, aunque el coste fue altísimo en vidas humanas españolas, francesas y marroquíes, superando considerablemente el número de bajas de las campañas anteriores.

Otra gran consecuencia del Desastre de Annual, fue el deseo de venganza que se produjo en España, siendo preconizada la política de exterminio del moro.

Auspiciados por el propio Rey Alfonso XIII, fueron lanzadas, inescrupulosamente y con escaso rigor táctico, - pues hasta la propia infantería española resultaría afectada -, enormes cantidades de proyectiles y bombas con armas químicas, letales y tóxicas para todos los seres vivos, sin discriminar entre beligerantes armados o desarmados, y no beligerante civiles (mujeres, niños y ancianos).

La guerra duraría aún varios años, con un coste altísimo en vidas humanas españolas, francesas y marroquíes, superando considerablemente el número de bajas de las campañas anteriores.

Finalmente, mediante operaciones conjuntas con el Ejército Colonial Francés, en cuya organización y mando se había distinguido el Mariscal Louis-Hubert Lyautey, que implicaron acciones anfibas, como el famoso desembarco de Alhucemas, los moros fueron acorralados.

El 27 de mayo de 1926 el líder rifeño Abdel Krim se entregó a los franceses en Targuist, lo que produjo gran enojo y sorpresa a los españoles, que deseaban atraparlo.

Pero la guerra no acabaría con la rendición de Abdel Krim. Las operaciones militares continuarían todavía durante más de un año.

El 10 de julio de 1927 el General José Sanjurjo Sacanell emitió su Orden General declarando el final de la guerra, en la cual decía:

«Se ha dado fin a la campaña de Marruecos, que durante dieciocho años ha constituido un problema para los Gobiernos, llegando en momentos críticos a producir serias inquietudes a la Nación, que, pródiga, vertió aquí su sangre y sus energías morales y económicas para mantener el legado de altivez y gallardía que nos dejaron nuestros antepasados, conquistadores del Mundo»

EL EJÉRCITO DE ÁFRICA

Pero la cuestión militar española no había sido resuelta.

Una estadística de 1930, proporciona estas cifras:

El Ejército Español tenía en activo 163 generales y 21.996 oficiales, mientras que la tropa era de 115.930 soldados.

Esto es, había un general por cada 711 soldados y apenas 6 soldados por cada oficial.

El Ejército Español en Marruecos había reducido el número de efectivos procedentes de la recluta obligatoria, pero a cambio, había incrementado las unidades de tropas mercenarias, básicamente Legionarios y Regulares Indígenas, bajo el mando de oficiales ambiciosos, brutalizados, de mentalidad militarista despreciativa del poder político, y por ende intervencionistas, dispuestos a dar el salto a la Península para desalojar a los políticos del gobierno.

Así, en Marruecos, había un ejército mayoritariamente mercenario, - el autodenominado Ejército de África, no de España - que había ganado en destreza y eficacia.

Durante la etapa republicana de gobierno derechista, en 1934, varias de estas unidades mercenarias, de legionarios y regulares, fueron traídas en barco al norte de la Península, para reprimir la denominada Revolución de Asturias, actuando con gran crueldad y fiereza, sin hacer distinción entre combatientes y personal civil inerte, menospreciando las leyes de la guerra y el ordenamiento jurídico existente en la Segunda República.

Doce siglos después de haberse iniciado la Reconquista, los moros volvieron a Asturias.

Algunos historiadores consideran que la actuación en Asturias, de las tropas del Ejército de África, fue un ensayo general sangriento, de lo que sobrevendría el 17 de julio de 1936, fecha en la que comenzó el Alzamiento en Melilla, alzamiento que daría lugar a la terrible Guerra Civil Española, una guerra de exterminio, cuyas secuelas perduraron en forma de Dictadura unipersonal casi cuarenta años.

La estancia en el ejército colonial africano imprimió un carácter especial a sus mandos, que serían conocidos como africanistas.

Precisamente, el de más rápida carrera entre ellos, el General Francisco Paulino Hermenegildo Teódulo Franco Bahamonde Salgado Pardo, describió muy bien este fenómeno, en estas líneas que dejó escritas:

«Mis años de África viven en mi con indecible fuerza. [...] Sin África, yo apenas puedo explicarme a mi mismo, ni me explico cumplidamente a mis compañeros de armas»

Estas palabras hay que ponerlas en conexión con el texto del mismo General Franco, contenido en el famoso telegrama enviado desde Gran Canaria a las 6:10 horas del día 18 de julio de 1936:

«Gloria al heroico ejército de África. **España sobre todo**. Recibid el saludo entusiasta estas guarniciones que se unen a vosotros y demás compañero Península en estos momentos históricos. Fe ciega en el triunfo. Viva España con honor»

En el texto de este telegrama siempre me han impactado dos detalles, que no me parecen baladíes:

- 1.- El saludo es al **ejército de África**, no de España.
- 2.- La frase «**España sobre todo**».

Esta frase me resulta sobrecogedora, por su enorme paralelismo con la exclamación nazi alemana «**Deutschland über alles**» (= Alemania sobre todos), remedada en tiempos relativamente recientes - ¿subconscientemente? - por Coalición Canaria, con su lema electoral «*Canarias por encima de todos*».

Todo lo cual no debe ser desligado de lo acreditado por el periodista Víctor Zurita en su libro «*En Tenerife planeó Franco el Movimiento Nacionalista*», publicado en 1937, donde ha quedado escrito que Franco dejó redactado en Tenerife su Manifiesto, el cual acaba con este párrafo final:

«sabremos salvar cuanto sea compatible con la paz interior de España y su anhelada grandeza, haciendo reales en nuestra Patria, por primera vez, y por este orden de trilogía FRATERNIDAD, LIBERTAD E IGUALDAD.

Españoles: ¡¡¡ VIVA ESPAÑA!!!

¡¡¡ VIVA EL HONRADO PUEBLO ESPAÑOL!!!

Comandante General de Canarias

Santa Cruz de Tenerife, a las cinco y cuarto horas del día 18 de julio de 1936 »

* * * * *

Con la perspectiva histórica actual, resulta estremecedora la invocación a los tres conceptos Libertad, Igualdad y Fraternidad, aunque citados en orden trabucado, por el General, devenido posteriormente en Generalísimo y Caudillo de España por la gracia de Dios, el Dictador que no mostró respeto alguno por estos Derechos Humanos a lo largo de su dilatada vida.

El General Francisco Franco Bahamonde había sepultado en el olvido, estas palabras suyas, pronunciadas el 17 de diciembre de 1931:

«Recibiendo en sagrado depósito las armas de la Nación y las vidas de los ciudadanos, sería criminal en todos los tiempos y en todas las situaciones que los que vestimos el uniforme militar pudiéramos esgrimirlas contra la Nación o contra el Estado que nos las otorga»

Así constan en sus declaraciones ante la Comisión de Responsabilidades, que en tal fecha, estaba realizando la investigación para someter a juicio a los implicados en las ejecuciones de los sublevados en Jaca de 1930, según asevera Paul Preston en la página 114 de su libro «*Franco*», citando a su vez la obra de Luís Suárez Fernández sobre Franco.

* * * * *

Y no podemos olvidar tampoco lo pronunciado por José Calvo Sotelo, el 16 de junio de 1936, en el que sería su último discurso en las Cortes Republicanas.

Tras manifestar su opción por el fascismo como forma política para organizar la sociedad española, estas son algunas de sus palabras, tal como han quedado reflejadas en el Diario de dicha Sesión.

[...] no creo que exista actualmente en el Ejército español [...] un solo militar dispuesto a sublevarse en favor de la monarquía y en contra de la República. Si lo hubiera sería un loco y un imbécil, [...] aunque considero que también sería loco el militar que al frente de su destino no estuviera dispuesto a sublevarse en favor de España y en contra de la anarquía, si ésta se produjera.

Con portentosa habilidad dialéctica, José Calvo Sotelo, tilda de loco al general que estuviera dispuesto a sublevarse, y acto seguido, aplica el mismo calificativo al que no se subleve.

Una clara invitación a la rebelión militar.

Por lo que sucedió a continuación, parecería que la imprecación del Cardenal Segura fue escuchada:

La ira de Dios cayó sobre España.

Y se produciría la gran paradoja histórica.

Transcurridos cuatro siglos, los descendientes musulmanes de aquellos expulsados por los Reyes Católicos, - cuya herencia sería tan invocada por los «nacionales» -, invadieron la Península Ibérica para matar españoles.

Casi dos años después de acabada la sangrienta Guerra Civil Española, el Ejército absorbía el 45% del Presupuesto del Estado Español, manteniendo medio millón de efectivos, siendo la población española total inferior a los 26 millones.

Pero esta es otra historia.